

# Miradas, formas de hacer y relaciones en la constitución de una *investigación crítica*

Perspectives, ways of doing and relationships in the constitution of a *critical research-action*

MARISELA MONTENEGRO  
JOAN PUJOL  
LILIANA VARGAS - MONROY

## RESUMEN

Los procesos de producción de conocimiento constituyen un elemento central en el engranaje de las formas de gubernamentalidad de las sociedades contemporáneas. En este contexto, las ciencias sociales son progresivamente incorporadas a estrategias de gestión poblacional desde una homogenización del pensamiento que opera a partir de criterios unificados de productividad académica. La pregunta sobre la vigencia de la investigación e intervención crítica nos sirve de guía para abordar las miradas, formas de hacer y relaciones que pueden caracterizar lo que denominamos el ejercicio de la *investigación crítica*. Una exploración que sirve como marco de discusión a los artículos que se presentan dentro del actual número de *Universitas Psychologica*.

## Palabras clave

Investigación e intervención social, Psicología crítica, Capitalismo cognitivo

## ABSTRACT

The processes of knowledge production are a central element in the mechanisms of governmentality of contemporary societies. In this context, the social sciences are progressively incorporated into population management strategies producing an homogenization of thought that operates from unified academic productivity criteria. The question of the validity of critical research and intervention guides us to address the perspectives, ways of doing and relationships that can characterize what we call the exercise of *critical research-action*. An exploration that serves as a framework for discussion of the articles that appear in the current issue of *Universitas Psychologica*.

## Keywords

Social research and intervention, Critical psychology, Cognitive capitalism.

---

Para citar este artículo: *Universitas Psychologica*, 14(5), 1833-1852.

---

\* Departamento de Psicología Social, Universidad Autónoma de Barcelona, Edificio B. Campus UAB. 08193 Bellaterra (Barcelona) España (34) 93 5814454, marisela.montenegro@uab.cat

\*\* Departamento de Psicología Social, Universidad Autónoma de Barcelona, Edificio B. Campus UAB. 08193 Bellaterra (Barcelona) España (34) 93 5814454, joan.pujol@uab.cat

\*\*\* Departamento de Estudios Culturales, Pontificia Universidad Javeriana, Edificio Manuel Briceño. Bogotá - Colombia (571) 3 208320, liliana.vargas@javeriana.edu.co

## INTRODUCCIÓN

En 1992, tras el fin de la guerra fría y bajo un panorama donde el mundo se mostraba finalmente ligado al credo universal de la democracia liberal, Francis Fukuyama exponía una polémica tesis: la historia como lucha de ideologías había terminado (Fukuyama, 1992). Esta declaración, hablaba con claridad del triunfo del modelo neoliberal sobre el planeta, más de dos décadas después, podemos decir que los últimos años nos han mostrado hasta el límite, el rastro sombrío de esta hegemonía y las implicaciones de aquello que Santiago López-Petit (2012) ha señalado como una identificación casi total entre capitalismo y realidad. Hemos transitado así, una época en que realidad y capitalismo se nos han querido mostrar como equivalentes, al mismo tiempo y quizás precisamente por esto, en los últimos años presenciamos una de las más fuertes crisis del modelo, lo cual ha evidenciado sus múltiples fisuras, problemáticas y contradicciones. Para muchos autores, el modo como enfrentemos esta crisis determinará en buena medida la sociedad que se instaure en el futuro: el mundo por venir (Harvey, 2008b; López-Petit, 2009, 2012; Wallerstein, 2009).

La crisis del 2008 señala en este sentido uno de los puntos de inflexión más importantes de los últimos años, el descalabro del sistema económico y financiero que estalla en ese momento y que continúa manifestándose de diferentes maneras a lo largo y ancho del planeta, abre espacio a un gran número de movimientos sociales: protestas, revueltas y transformaciones, que hoy podemos señalar con claridad como globales. Desde los múltiples levantamientos en el mundo árabe, pasando por las propuestas *occupy* en varios lugares del mundo que se suman al movimiento de los indignados, hasta llegar a las discusiones y transformaciones políticas y sociales de los últimos años en España y Grecia; podemos hablar de una suma de acontecimientos que nos permiten proponer una *historia viva*, que continúa en definición y donde se sigue jugando este mundo por venir.

Dentro de este recorrido, debemos dar un lugar particular a lo que ha sucedido en América Latina; la situación del subcontinente ha anticipado en mu-

cho, las crisis que se vivirían con posterioridad en otros lugares del mundo, pero además sus experiencias sociales y políticas; en una permanente combinación de elementos exitosos y fallidos continúan significando un lugar de experimentación, de crítica y de posibilidades para pensar la transformación social. En medio de este panorama, hablamos desde dos lugares particulares donde la teoría crítica, desde diferentes orillas y discusiones, ha abierto y permitido un camino de pensamiento y praxis investigativa, social y política. Desde éstos lugares podemos constatar que la hegemonía del modelo neoliberal ha tenido su correlato dentro del campo de la investigación e intervención social y que la progresiva institucionalización del conocimiento científico ha significado su doblegamiento a las crecientes exigencias económicas y gubernamentales de las nuevas sociedades del conocimiento.

La incorporación de las ciencias sociales en las estrategias de gestión poblacional, tanto gubernamentales como de corporaciones, adquiere implicaciones preocupantes en un contexto de homogeneización de la diversidad de pensamiento, que comienza a operar sobre la base de criterios unificados de productividad académica. Los procesos de producción de conocimiento constituyen un elemento nuclear en el engranaje que configura las formas de gubernamentalidad de las sociedades contemporáneas. La profusa explotación neoliberal de las capacidades cognitivas y afectivas ha llevado a un nuevo pliegue o intensificación del capitalismo, un capitalismo cognitivo, en el que el conocimiento, la información y las relaciones sociales son medios de producción y mercancías susceptibles de objetivación (Restrepo, 2013; Roggero, 2007; Virno, 2003). Un contexto que hace necesario y urgente tanto una producción de conocimiento, que aborde la actual producción académica en Ciencias Sociales desde la perspectiva de sus posibilidades emancipadoras como el desarrollo de prácticas de investigación e intervención que no continúen con una lógica neoliberal que ha determinado la crisis que hemos señalado, y que ineludiblemente nos está conduciendo a una crisis de sostenibilidad ecológica, desigualdad económica y legitimidad política.

Es en buena medida, en este contexto social y académico que desde la década de los años 90 la “Psicología Crítica” se consolida como campo de investigación y pensamiento (Boer, 1983; Curt, 1994; Gergen, 1999; Ibáñez & Íñiguez, 1997; Montero & Fernández, 2003; Pulido-Martinez & Sato, 2013; Nightingale & Cromby, 1999; Sullivan, 1990). A pesar de sus diferentes versiones y aproximaciones, puede afirmarse que esta perspectiva crítica se reconoce por un rasgo fundamental: hacer crítica de las corrientes teóricas, metodológicas y prácticas estandarizadas e institucionalizadas (Montero & Fernández, 2003). Esto, a través de la incontenible práctica de problematización de la producción del conocimiento psicosocial y del carácter inter y transdisciplinar de su actividad académica (Garay, Íñiguez, & Martínez, 2001); se trata así, de una perspectiva con importantes conexiones con el *socioconstruccionismo*, tanto en sus asunciones ontológicas como epistemológicas. La Psicología Crítica se establece como una mirada cuestionadora y antiesencialista que sustenta un giro metodológico conectado al giro lingüístico, que se alinea con una propuesta política desde prácticas de emancipación y transformación social (Íñiguez-Rueda, 2003). Las perspectivas críticas comparten así: (a) el distanciamiento con las corrientes dominantes que hasta el momento pensaban la disciplina como ciencia positiva, (b) el interés por desarrollar conceptos y metodologías atentas a las relaciones de poder que configuran las relaciones sociales; y (c) un compromiso claro con el objetivo de la transformación social (Montero, 2004; Parker, 2015 Sloan, 2000).

La pregunta que nos hacemos en este artículo, por los contenidos de una investigación e intervención crítica al interior de las Ciencias Sociales, está necesariamente habitada por las problemáticas que hemos señalado. En el contexto actual, la apuesta por una investigación e intervención crítica parece más vigente que nunca, sus discusiones y propuestas se nos presentan como necesarias y urgentes en medio del mundo en transformación en el que vivimos. En esta línea de ideas los trabajos presentados en este monográfico buscan incidir en la generación de reflexiones que permitan comprender los procesos de fijación de significados y sus efectos en el

mundo contemporáneo, con el fin de desarrollar herramientas de problematización y, por tanto, de politización (Mouffe, 1992). Este ejercicio pretende, por un lado, visualizar las maneras en las que ciertas formas de conocimiento legitiman concepciones y prácticas investigadoras e interventoras que reproducen relaciones estructurales de desigualdad y opresión y, por otro, generar herramientas útiles para aquello que puede ser definido, como espacio de praxis y transformación, en cada ámbito.

La investigación e intervención crítica se caracteriza por el continuo cuestionamiento de las dicotomías que configuran nuestro pensamiento y nuestras prácticas, y dentro de ellas por la separación que hemos establecido entre la “investigación” y la “intervención”. Tal como se preguntan Marcela País y Miranda González respecto al trabajo social: “¿es necesariamente la práctica de investigación en los términos en que la hegemonía académica lo predica? Y, por otra parte, ¿es posible ‘intervenir’, más aún responsable y críticamente, sin poner en juego las propias ideas y nociones, y reflexionar desde ellas?” (País-Andrade & González-Martín, 2014 p. 78). Ciertamente, es difícil realizar una diferenciación clara entre lo que constituye la investigación y la intervención, sumado a esto el tedio que puede producir la repetición de la coletilla “investigación e intervención” nos ha conducido a optar por el término “*investigación*” (FIC, 2005; Montenegro & Pujol, 2014; Vergés-Bosch, Hache, & Cruells-López, 2014). En este sentido, este texto aborda algunos de los elementos que permiten caracterizar la *investigación crítica*, a partir de una exploración de sus miradas, sus formas de hacer y sus relaciones.

### Miradas críticas a la realidad social

Dentro de la investigación social, la perspectiva funcionalista privilegia un enfoque empirista de la realidad social, que enfatiza el mantenimiento de la estabilidad a partir de una metáfora organicista de lo social (Harrington, 2004). Haciendo una caricatura, el funcionalismo entiende la sociedad como un organismo que se adapta a una realidad externa y previa a la práctica social, a partir de

una serie de procesos que pueden ser investigados de forma neutra, objetiva y desde una posición de exterioridad respecto al fenómeno. El conocimiento de la realidad (i.e. movimientos migratorios) y del organismo social (i.e. prejuicios) permite diseñar intervenciones para implementar o mejorar procesos sociales que mantienen o restauran el “orden social” (i.e. campañas de sensibilización frente a los prejuicios). Frente a las nociones de “objetividad” con la que se enfrenta el “organismo social” y de los “procesos sociales” con los que se interviene, se contraponen la perspectiva interpretativa, que toma como base epistemológica el idealismo alemán de Weber, Dilthey y Kant, cristalizando en buena medida en la obra de Hans-Georg Gadamer (1975) que influencia, a su vez, perspectivas como la etnometodología y el interaccionismo simbólico. Se trata de una propuesta donde los procesos sociales son construidos a través de la interacción social (i.e. definición de lo que constituye “migrante” en un determinado momento y contexto histórico) a través de la producción y negociación de significados (i.e. quién y cuándo alguien es considerado migrante). El conocimiento de las construcciones discursivas se obtiene a partir del contacto de la investigadora/interventora con las interacciones y prácticas discursivas que las constituyen, esto con el objetivo de comprender y transformar los significados que configuran la realidad social.

La perspectiva crítica, por otra parte, tiene como pilar fundamental una actitud de sospecha frente a la realidad social tal y como se nos presenta. La teoría marxista introduce los conceptos de “ideología” y “falsa conciencia”, considerando que nuestra forma de ver la realidad está atravesada por relaciones de poder que nos constituyen. En este sentido, la aparente objetividad de los procesos sociales y la subjetivación que producen son el producto de relaciones de poder encarnadas y no siempre visibles para el actor social. La misma ciencia, en tanto que aparato de creación de “verdad” está atravesada por dinámicas institucionales que ofrece versiones de mundo acordes con los intereses de las clases dominantes. Es en este contexto que Max Horkheimer, en su ensayo *Teoría tradicional y teoría crítica*, (Horkheimer, 1937) realiza una

distinción entre teoría tradicional y teoría crítica, diferenciando dos linajes o tipos de teorías. La teoría tradicional se fundamenta en un conjunto de enunciados unidos deductivamente entre sí y cuya verdad debe ser avalada por los hechos, teorías que a la vez se corresponden claramente con la propuesta de sociedades industriales que consideran el desarrollo como progreso. La teoría crítica agrupa a un conjunto de teorías *críticas* que se sitúan en un lugar de cuestionamiento a las dinámicas de poder imperantes y a las formas tradicionales de producción de conocimiento, cuyas preguntas surgen precisamente del extrañamiento que genera la modernidad, su desarrollo científico y el tipo de realidad social que desde éste se apoya y reproduce (Vargas-Monroy, 2001).

La investigación crítica en ciencias sociales entrelaza la perspectiva hermenéutica y la perspectiva crítica, identificando las prácticas de poder que no son necesariamente conscientes para las personas en interacción, y proponiendo la construcción de “nuevos mundos habitables” a partir de la transformación de éstas prácticas. Un ejemplo representativo de la integración entre la perspectiva crítica y hermenéutica, lo encontramos en los trabajos Ian Parker, que entreteje análisis de discurso, marxismo y psicoanálisis lacaniano (Parker, 1992, 1997, 2007, 2014). Esta integración, sin embargo, no es siempre fácil. Los trabajos inspirados en la tradición hermenéutica, cercanos al relativismo y de corte más empírico, tienden a identificar las distintas construcciones que entran en juego en la definición de un fenómeno para permitir el desarrollo de nuevas construcciones emancipadoras. La perspectiva crítica, parte de un marco conceptual que predefine prácticas de poder, lo que permite realizar una lectura crítica del material empírico. La tensión entre perspectivas realistas -más preocupadas por identificar las prácticas de poder subyacentes e invisibles a los agentes en interacción-, y relativistas, -que tienden a tomar una posición más metodológica centrándose en la identificación de construcciones de sentido-, ha atravesado la *investigación crítica* desde la conformación de este campo. Se trata de un debate nuclear en el desarrollo de la *investigación crítica* que reproduce

la tensión del debate entre Gadamer y Habermas entre “interpretar o transformar el mundo” (García Guadarrama, 2006; Pienknagura, 2007). Mientras que Gadamer manifiesta la universalidad de la dimensión hermenéutica del lenguaje, “el ser que puede ser comprendido es lenguaje” (Gadamer, 1999, p. 567) para localizar el sujeto en un contexto interpretativo situado históricamente y superar el sometimiento de las ciencias sociales al método científico, Habermas (2007) señala que ceñirnos únicamente a las prácticas interpretativas tiene el peligro de no desarrollar suficientemente prácticas emancipatorias que impliquen una ruptura con nuestro propio horizonte de interpretación. Dentro de la Psicología Crítica, esta tensión se ejemplifica en el debate Parker-Potter que acontece a finales de la década de los 90. Dentro de este, Ian Parker argumenta que el relativismo es a la vez progresista (en tanto que erosiona las pretensiones de verdad) y reaccionario (en tanto que no permite desarrollar una posición desde la que realizar la crítica) (Parker, 1999), situándose en un “realismo crítico” que entrelaza ambas perspectivas. La respuesta desde la “escuela de Loughborough” critica la falta de trabajo empírico y de trabajo interdisciplinar dentro de las propuestas del “realismo crítico” (Potter, Edwards, & Ashmore, 1999, p. 79).

Independientemente de las posibles tensiones en su interior, la perspectiva marxista ha tenido gran influencia en el campo de la *investigación crítica* (Gokani, 2011; Montero, 1996), imprimiendo una preocupación constante sobre el diferencial de poder entre distintos grupos sociales y los procesos de transformación social, junto con la exploración de los discursos ideológicos que mantienen ciertas relaciones de opresión. Esta influencia se aprecia en América Latina en corrientes como la Educación Popular (Freire, 1970), la Psicología de la Liberación (Martín Baró, 1998), la Investigación Acción Participativa (Fals-Borda, 1959) o la Psicología comunitaria (Montero, 1994), corrientes que han apostado por procesos de emancipación a partir de la participación de las personas de estratos populares, grupos dominados y miembros de la comunidad en la transformación social. Estas perspectivas, se erigen como propuestas de trabajo que se oponen

a las formas tradicionales de educación e intervención social y que buscan desarrollar una “conciencia crítica” que permita desvelar los mecanismos a través de los cuales se crean y mantienen las relaciones de opresión, su meta última es la de contribuir a la construcción de sociedades más justas, equitativas y dignas.

La crítica a las formulaciones iniciales del marxismo ha tenido su correlato en el desarrollo de la investigación crítica. Estas formulaciones efectivamente, criticaban el papel de la ciencia en tanto que reproductora de formas sociales de opresión, asumiendo a la vez una posición fuera del “tablero de juego” desde donde era posible “ver mejor” y, de este modo, fundamentar una posición más “objetiva”. Sin embargo, el pensamiento postestructuralista ha cuestionado la posibilidad de un fundamento último sobre el que sustentar el conocimiento, poniendo en cuestión la posibilidad de una posición “des-ideologizada” desde la que denunciar la “ideología” o iniciar procesos de “concientización”. Conceptos como “hegemonía” o “articulación” permiten pensar en posiciones de transformación social contingentes a una localización y contexto determinado (Montenegro, 2002). Siguiendo a Ernesto Laclau et al., (1998) la fijación de significados que sustenta la acción política corresponde a un proceso de decisión colectiva a partir del cierre de un conjunto de posibilidades de significación sobre los fenómenos estudiados, el cierre de la estructura de *indecidibilidad*. Cuando la articulación es indecible implica que hay abiertos varios cursos posibles de acción, sin un fundamento último, una regla algorítmica, para escoger la mejor. Así la decisión -cualquier fijación de significados o definición, por ejemplo de qué es considerado en un momento dado como una situación problemática o un fenómeno que debe recibir atención académica-, no puede ser explicada de acuerdo a ningún fundamento último exterior a la propia decisión. En este sentido, el fundamento parcial momentáneo en el que se fundamenta la decisión funciona como un cierre que recorre la distancia que separa una estructura indecible con una decisión concreta.

Dicha *indecidibilidad* no se da en un espacio totalmente vacío de significación, debido al trasfondo

social que subyace al contexto sociohistórico en la cual ésta se concreta (Ema 2006). En palabras de Laclau et al., “no (...) hay una ausencia radical de reglas y (...) no toda decisión es enteramente libre. [...] la indecidibilidad es una indecidibilidad estructurada, y con lo que siempre nos enfrentamos es con una desestructuración parcial que vuelve imperativa la decisión” (Laclau et al., 1998, p. 73). El proceso por el cual se fijan ciertos significados frente a otros en ciertos contextos corresponde, según Chantal Mouffe (1998) al proceso de politización; esto es, las maneras en las que se estabilizan parcial y contingentemente ciertas formas de comprender los fenómenos sociales. Así, la politización no cesa nunca, dado que la indecidibilidad (esto es la contingencia de los significados sociales) sigue habitando la decisión (la fijación de significados en un momento dado). Cada consenso aparece como la estabilización de algo esencialmente inestable y caótico e implica alguna forma de exclusión.

Las concepciones que compartimos socialmente responden entonces, a un entramado simbólico (significados y discursos que dan cuenta del tema en unos términos y no en otros) y material (los artefactos sociales que sostienen esa concepción) que se organizan de modos concretos, que no corresponden a una naturaleza última de los fenómenos que son explicados y definidos; sino a momentos de estabilidad que se dan en un complejo entramado de instituciones, conocimientos y actuaciones dentro del cual una idea o concepto es formado (Hacking, 2001). Verter esta mirada sobre las prácticas de *investigación* social implica que la decisión tanto de aquello que resulta problemático como lo que se define como horizonte de bienestar o transformación social se da en fijaciones (temporales y siempre inestables) de significados. La acción de definición, en estos términos, será un asunto político (Mouffe, 1992) ya que corresponde a una situación particular de definición y es en este sentido que podemos afirmar que los procesos de conocimiento y acción corresponden a procesos de fijación en un campo de constante politización. Como diría Sandra Harding (1987) el cerrar los ojos a las implicaciones políticas de las opciones que se toman en los procesos de investigación, y que modelan nuestros proyectos y

métodos, en realidad no nos exime de la política, sólo nos hace ser ignorantes frente a la política que se está haciendo.

Si la perspectiva post-marxista abre una línea de sospecha sobre cómo se nos presenta la realidad social, incluida la que configura el conocimiento científico, las perspectivas derivadas del pensamiento foucaultiano nos permiten reflexionar sobre la propia constitución del sujeto, sobre cómo nuestra propia subjetividad está atravesada por prácticas de poder localizadas históricamente. Desde los cuerpos dóciles producto de las prácticas disciplinarias desarrolladas en las instituciones de encierro (ejército, prisión, escuela, hospital, fábrica,...) (Foucault, 1978) hasta los cuerpos deseantes generados por el dispositivo de sexualidad (Foucault, 1976). Estaríamos hablando, de tecnologías de poder que se generan, transforman y articulan local e históricamente para configurar formas de gobierno específicas que actúan sobre sujetos y poblaciones, constituyendo una determinada “gubernamentalidad” (Foucault, 1978). No es de extrañar que la influencia del pensamiento foucaultiano quede reflejada en los nuevos movimientos sociales que enfatizan el reconocimiento identitario y la transformación de la subjetividad, en contraposición con movimientos más tradicionales que focalizan sus luchas en las condiciones materiales. Desde esta mirada, cualquier perspectiva de transformación social que no incida en nuestra subjetividad acabaría reproduciendo las relaciones de poder que nos constituyen.

Es necesario, en este sentido, desarrollar una *investigación* crítica que tenga en cuenta los aspectos semiótico-materiales tanto en su dimensión social como subjetiva. Más aún, como argumentan distintos autores (Biagini & Fernández Peychaux, 2013, 2014; Isin, 2004; Pykett, 2012, 2015), dentro de las formas de gubernamentalidad contemporáneas, nos hallamos frente a un íntimo entrelazamiento entre la gestión productiva y subjetiva, lo cual algunos autores han comenzado a llamar “neoliberalismo” (Isin, 2004). Se trata de un “dispositivo” (Agamben, 2011) que implica una decodificación de la realidad en la que: (a) se garantiza “la pugna por la vida” (en lugar de por “las condiciones de vida”) y (b) se sostiene una “ética gladiatoria” en que se

renuncia a “vivir la vida” en un “interés por el orden, la seguridad y el éxito” (Biagini & Fernández Psychaux, 2014, p. 7). Un dispositivo claramente identificable en la actual cultura académica, donde el placer por el conocimiento ha sido substituido por el rendimiento obtenido por la publicación en revistas indexadas y subjetivizado en términos de “índice de impacto” (Gómez & Jódar, 2013; Montenegro & Pujol, 2013).

La necesidad de establecer articulaciones dentro del propio contexto político ha llevado al desarrollo de posiciones socialmente localizadas desde las que analizar y actuar frente a la realidad social. Entre las distintas propuestas, destacan los desarrollos feministas, las perspectivas queer/transfeministas y las perspectivas post/de/coloniales. Las perspectivas feministas han integrado en distinta medida críticas marxistas y foucaultianas en la identificación de un régimen heteropatriarcal donde el género ha sido consistentemente utilizado, como forma de organizar desigualmente las relaciones sociales en función del marcaje binario de cuerpos (i.e., Costa & James, 1975; Cox y Federici, 1976; De Beauvoir, 1968; Rich, 1980; Jaggar & Bordo, 1989). Central para estas perspectivas ha sido el debate en torno a la noción de “diferencia sexual” sobre la cual se articula una experiencia corporeizada en función de la asignación y diferenciación sexual. La experiencia propiamente femenina sería, en esta propuesta, el núcleo de articulación entre mujeres, dado lo común que pueden tener estas experiencias (Violi, 1997). Braidotti, (1994) en su proyecto de “sujetos nómadas” recurre a la diferencia sexual como una de las características (la más importante quizás) sobre las cuales se conforma el carácter encarnado de la experiencia del sujeto. Sin embargo, advierte que esta encarnación del sujeto no debe ser entendida como algo natural o cultural; sino como una superposición de lo físico, lo simbólico y lo sociológico. Según estas posturas, el etiquetado social hace que las mujeres constituyan un grupo social con experiencias compartidas debidas a la diferencia sexual junto con las diversas formas de explotación patriarcal.

Sin embargo, en el mismo campo del feminismo, la categoría “mujer” ha sido motivo de controver-

sia por los efectos universalizantes y totalizantes del binomio categorial mujer/hombre; oposición que difumina la multiplicidad de posiciones de sujeto dentro de cada categoría (Dua, 2006). La simplificación de la categoría “mujer” ha llevado a las primeras formas de feminismo a centrarse en los intereses de ciertos grupos de mujeres (mujeres blancas de clase media), una homogeneización que obvia las particularidades de otras posiciones como por ejemplo, las de “mujer negra” o “mujer del tercer mundo”, etc. (Ahmed, 1996; Mohanty, 2003). Al interior de este debate, Judith Butler (1993) afirma que la asunción de la necesidad de un sujeto universal para la práctica política (como el caso de “la mujer” en ciertas posturas feministas) excluye la posibilidad de una discusión política acerca de las formas de construcción del sujeto. Presuponer un sujeto previo a la práctica política implica diferir la cuestión de cuáles son los mecanismos de construcción y regulación del sujeto. Es decir, implica asumir como no problemático el ámbito de la constitución del sujeto y de los entramados de poder y de autoridad en los que se constituye. Los sujetos, para esta autora, están constituidos a través de mecanismos de inclusión y exclusión, por lo que se hace políticamente necesario rastrear las operaciones por los que ciertos sujetos son dotados de agencia. Se trata de una aproximación que ha tenido gran repercusión en el desarrollo de trabajos críticos que exploran la reificación y uso gubernamental de categorías sociales y posiciones de sujeto.

La centralidad del debate sobre el “sujeto” dentro del feminismo, entronca tanto con la preocupación ontológica respecto a la configuración de subjetividades, en el marco de relaciones de dominación, como con una preocupación política sobre las formas en que dichas relaciones pueden cuestionarse y transformarse. Las perspectivas queer/transfeministas continúan esta tradición, siguiendo la inspiración de autoras como Teresa de Lauretis (1987) o Judith Butler (1990), considerando al género como un efecto de normas sostenidas y materializadas performativamente a través de la iteración. Se trata de una operación que sitúa a las disidencias sexuales y de género en la periferia social o patológica, como sujetos “anormales”

(Preciado, 2003) en la matriz de poder que define cuáles cuerpos y deseos son permitidos y apreciados y cuáles no (Llamas, 1998). Las relaciones de poder y sus efectos en la constitución de subjetividades, son objeto de preocupación en tanto éstas generan procesos de exclusión y estigmatización de las personas y colectivos (i.e. transexuales, transgenero o intersexuales) no conformes con las normas de género (Coll-Planas & Missé, 2010). Así mismo, las opciones de acción política también son interrogadas. Los movimientos identitarios como el propio feminismo o los movimientos de liberación LGTB, articulados en torno a un “componente común” que afecta a los sujetos minorizados, son objeto de una mirada crítica. Este cuestionamiento estaría basado en la idea que toda política identitaria implicaría una operación de inclusión que establecería los márgenes de quién puede ser considerado como “minoría” en un contexto dado, generando nuevos límites y exclusiones (Córdoba García, 2003). Una propuesta transfeminista buscaría articular perspectivas teóricas, epistémicas, artísticas y políticas para dar cuenta de una amplia pluralidad de opresiones y situaciones en las que se precisan alianzas inesperadas para la acción política (Solà & Urko, 2013).

La cuestión del sujeto, inmerso en relaciones de dominación, también es un asunto central para las perspectivas post/de coloniales. Éstas perspectivas surgen como un conjunto de herramientas teóricas y epistemológicas basadas en el análisis de las relaciones de poder que emergen en los procesos coloniales y “dejan su huella” manteniendo continuidades con procesos de colonialidad en el mundo actual. Desde la obra seminal de Edward Said “Orientalismo” (1978) se ha buscado comprender y analizar críticamente las maneras en las cuales se constituyen, desde occidente, los imaginarios con relación a aquellos territorios considerados diferentes. Así la construcción del “otro” colonial implica una serie de imaginarios que apuntan hacia dispositivos de saber/poder (territoriales, económicos, sociales, y culturales) a partir de los cuáles las representaciones de esos “otros” son constituidas (Castro-Gómez, 2005). La discusión decolonial ha hecho desde América Latina, el señalamiento de la continuidad entre diferentes formas del colonialis-

mo moderno y una *actual* colonialidad global (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007; Mignolo 2000). El capitalismo global contemporáneo resignificaría en este sentido, las exclusiones provocadas por las jerarquizaciones epistémicas, raciales y de género desplegadas por la modernidad (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007). Por su parte, autores como Stuart Hall (1996) advierten que las identidades culturales que emergen de los imaginarios geopolíticos mundiales no deben ser entendidas como entidades fijas, por fuera de las transformaciones históricas y culturales que contribuyen a construir las. El proceso de diferenciación, entonces, emerge de los procesos sistemáticos a través de los cuales se establecen las diferenciaciones, situadas histórica, cultural y políticamente (Anthias, 2002; Brah, 1996).

Las herramientas de análisis que ofrecen las perspectivas post/decoloniales son útiles para desglosar los procesos de opresión, exclusión y subalternización como consecuencia de la jerarquización geopolítica de personas, culturas y sociedades. Fenómenos propios de la contemporaneidad tales como las migraciones, la creación de diásporas, etnicidades mixtas o adopciones internacionales son analizadas en términos de las jerarquías semiótico-materiales que responden a ordenamientos basados en matrices coloniales de poder (Rath, 2004; Posocco, 2014). El concepto de necropolítica, acuñado por Mbembe (2003) se refiere precisamente a las prácticas materiales y semióticas por las cuales se define qué vidas pueden ser vividas y cuáles colectivos están condenados a la muerte o a la crueldad extrema y a la esclavitud. En sus palabras, este concepto “da cuenta de las diversas maneras en las que, en nuestro mundo contemporáneo, las armas son desplegadas en el interés de la destrucción máxima de personas y de la creación de mundos-de-muerte, nuevas y únicas formas de existencia social en las cuales grandes grupos poblacionales están sometidos a condiciones de vida que confieren sobre ellos el estatus de muertos-en-vida” (Mbembe, 2003, p. 40).

No podemos terminar este apartado sin mencionar cómo la reflexión sobre la producción de conocimiento, es consustancial al desarrollo de



la *investigación* crítica. En esta discusión han tenido gran influencia entre otros, la Sociología del Conocimiento Científico (Bloor, 1976; Collins, 1983; Latour, 1987; Latour & Woolgar, 1979) y los Estudios Feministas de la Ciencia (Fox-Keller, 1985; Haraway, 1988, 1997; Harding, 1987), estas discusiones ha mostrado los mecanismos a través de los cuales ciertos conocimientos y tecnologías “son aceptados” y “validados” en el mundo contemporáneo, mientras que otras formas de conocimiento, devienen marginales o desaparecen. Además de discutir críticamente las formas contemporáneas de producción de conocimiento, estas perspectivas han desarrollado posibilidades de análisis semiótico-materiales que cuestionan y trascienden las diferenciaciones modernas entre sociedad/naturaleza, humano/no-humano, (Haraway, 1991; Law, 1991; Law & Hassard, 1999; Tirado Serrano & Domènech i Argemí, 2005).

Si bien las miradas críticas permiten una aproximación transformadora al fenómeno estudiado, es precisamente cuando damos forma a esta mirada dentro de un proceso de investigación o intervención cuando se ponen en práctica los principios éticos y políticos que caracterizan la investigación crítica.

### Formas éticas y responsables de hacer *investigación*

Una misma técnica puede ser usada bajo distintos presupuestos metodológicos y epistemológicos, por lo que la investigación crítica no puede caracterizarse solamente a partir de las técnicas escogidas. Efectivamente, las técnicas son leídas en un marco metodológico que nos señala cómo la técnica puede ser usada e interpretada, un marco metodológico que asume, a su vez, una serie de presupuestos epistemológicos. Más que en la técnica concreta, la “forma” en que se realiza la *investigación* muestra el talante crítico de las perspectivas con las que trabajamos. Sería incoherente encontramos con una mirada crítica que implemente formas de *investigación* poco respetuosas con las participantes y políticamente cuestionables. Si bien distintos autores hablan de “metodologías críticas” (por ejemplo,

Parker, 2014; Sprague 2005; Strydom, 2011, Tracy, 2013), es difícil identificar criterios definidos que nos permitan discriminar los “métodos críticos” de investigación. Parafraseando a Sandra Harding, no hay un método distintivo de “*investigación* crítica” (Harding, 1987, p. 1) aunque sí que podemos apreciar rasgos distintivos que permiten caracterizarla. Veamos entonces los rasgos que pueden ayudarnos a pensar en los elementos que configuran la *investigación* crítica.

Sólo hace falta revisar los artículos que componen este número para darnos cuenta que los métodos cualitativos son característicos de la *investigación* crítica. La importancia dada a la agencia de las participantes y la posibilidad de que esta agencia pueda incidir en nuestra realidad, constituye otro pilar fundamental en el desarrollo de un conocimiento emancipador. La representación de un objeto en continuo movimiento donde quien representa forma parte de la representación, imposibilita la representación en términos de los valores de verdad que caracterizan al positivismo y a las perspectivas funcionalistas. Desde estas, la importancia dada a “la objetividad” de la representación, está atravesada por la necesidad de generar un conocimiento “verdadero” que pueda imponerse sobre otras formas de conocimiento que son calificadas de “falsas” o “erróneas”. Constituyendo de esta forma un conocimiento con “autoridad”, que implica una relación de poder sobre el objeto de estudio; una “representación autoritaria” de la realidad, que envuelve un proceso de inclusión/exclusión de subjetividades.

Es en este sentido, que a partir de las discusiones que los sociólogos de la ciencia Steve Shapin y Simon Schaffer, hacen de la figura del Robert Boyle y sus experimentos con la bomba de vacío, Donna Haraway (1997) discute la figura del *Testigo modesto*, que condensaría la forma de producción de conocimiento que hemos heredado de la Revolución Científica y que sigue siendo hegemónica en nuestros días. Discutiendo la figura de Robert Boyle, Shapin y Schaffer (1985) deconstruyen este tipo de conocimiento para proponer que los “hechos científicos” son ante todo “producidos” a través de tres tecnologías: una tecnología material, que en-

vuelve el andamiaje del laboratorio, una tecnología escritural que produce el efecto de “objetividad” a través del ocultamiento, (la modestia), de aquel que da su testimonio y una tecnología social, que hace que el hecho científico sólo pueda ser “validado” a partir del testimonio de una comunidad de testigos (modestos). Retomando esta discusión Haraway propone que la virtud del *Testigo modesto* es ante todo, la de ser un “ventrílocuo” legítimo y autorizado del mundo de los objetos al desaparecer interpretativa y corporalmente del proceso de atestiguar, al describir y difundir el conocimiento producido desde una posición invisibilizada (Haraway, 1997).

Las ciencias sociales son herederas de estas prácticas de conocimiento. La *investigación* crítica propone una transformación de estas prácticas para dejar de considerar a las participantes como “objeto de estudio” y reconocer su papel activo en la producción de conocimiento y en la transformación social. Se trata de romper con el distanciamiento y la exclusión que señala Haraway (1997) para generar la posibilidad de conexiones parciales (Haraway, 1991) y de un conocimiento comprometido con transformaciones, en un contexto social donde investigadora y participantes se unen en una articulación política heterogénea. La indispensable agencia de las participantes y la importancia del lenguaje en la construcción de la realidad social, hace que la *investigación* crítica se sienta próxima a una epistemología construccionista, que sitúa al lenguaje como elemento central de la interacción social. Sin embargo, el énfasis en las “múltiples realidades posibles” construidas en el lenguaje, encarna también el peligro de un relativismo donde se hace imposible anclar una agenda para la acción política. En palabras de Donna Haraway: “*el relativismo es una manera de no estar en ningún sitio mientras se pretende igualmente estar en todas partes. La “igualdad” del posicionamiento es una negación de responsabilidad y de búsqueda crítica. El relativismo es el perfecto espejo gemelo de la totalización en las ideologías de la objetividad. Ambos niegan las apuestas en la localización, en el encarnamiento y en la perspectiva parcial, ambos impiden ver bien*” (Haraway, 1991/1995, p. 329). Se trata de una crítica tanto a la metáfora de un ojo divino alejado de los intereses mundanos que “ve

todo desde ningún lugar”, como a su contraparte, donde “no es posible ver nada, desde algún lugar”.

Si bien el lenguaje continúa siendo un elemento nuclear dentro de la *investigación* crítica, nuevas formas de hacer *investigación*, tienen en cuenta el carácter semiótico-material de la realidad social y una posición de conocimiento que conforma el nuevo paisaje post-construccionista (Íñiguez, 2008). Las perspectivas semiótico-materiales, como la *Actor-Network-Theory*, prestan atención al efecto de las entidades no-humanas en la construcción de la realidad social, entidades que pueden ser el resultado de acciones humanas y adquirir agencia en ciertos contextos. Para la epistemología feminista es de vital importancia la reflexión crítica sobre la propia posición de conocimiento, reconociendo que la realidad se construye siempre desde una posición semiótico-material. El concepto de *Conocimiento Situado* tal y como ha sido desarrollado por Donna Haraway (1988), abre un espacio en el que se integran la reflexividad de las perspectivas interpretativas, el reconocimiento del carácter semiótico-material de la realidad y la consideración de la propia posición en la producción de conocimiento (Montenegro & Pujol, 2003). Podemos ver, en los distintos trabajos que componen este número de *Universitas Psychologica*, cómo se enfatizan las dimensiones mencionadas: a) la reflexión sobre las construcciones interpretativas del mundo; b) la forma en que ciertas realidades son constituidas en términos semiótico-materiales; y c) las formas de conocer que se producen desde una posición determinada.

La epistemología feminista constituye una fuente de inspiración para varias de las distintas formas que toma la *investigación* crítica actualmente. La importancia del reconocimiento de la posición de conocimiento, nos alerta sobre los procesos de auto-invisibilización y los intereses de poder que se localizan en ciertos posicionamientos investigativos. Una alerta que se ha generalizado en las formas más tradicionales de investigación e intervención en forma de “declaración de conflicto de intereses”. Sin embargo, en tanto que la propia posición es opaca al sujeto de conocimiento, es necesario introducir prácticas de *investigación* que permitan tensionar

el horizonte de la investigadora y/o interventora a través de la creación de una distancia productiva con el fenómeno con el que se está trabajando. Es en este sentido que resulta pertinente el contraste con otras posiciones de *investigación* divergentes a la propia (esto puede incluir la conexión con otras posiciones de conocimiento, bien sean éstas las de participantes o investigadoras/interventoras). También resulta relevante desarrollar procedimientos que permitan reconocer el conocimiento generado por las participantes, más aún cuando la mayoría de los productos de los procesos de investigación/intervención están autorizados por la figura de la interventora o investigadora, invisibilizando el papel de las participantes en su producción. Finalmente, habría que tener en cuenta las relaciones de poder derivadas tanto del contexto de *investigación*, que excluye estructuralmente a ciertas subjetividades, como en el seno mismo del proceso investigador que sitúa a ciertas subjetividades en una posición de superioridad epistémica. Se trata de preocupaciones ético/epistemológicas que se traducen en las formas de *investigación* crítica, como se refleja en el número especial de *Athenea Digital* sobre *Experiencias de investigación feminista*, en el cual estos principios se aplican a técnicas tan diversas como las narrativas (García & Montenegro, 2014; Schöngut & Pujal, 2014), los relatos de vida (Mollet Chicot, 2014), la etnografía crítica (Ellis-Sloan, 2014; García-Santesmases Fernández, 2014), o la autoetnografía (Vergés-Bosch et. al. 2014).

### **Una investigación en relación, comprometida y transformadora**

Las miradas y formas críticas de hacer, están dirigidas a proporcionar una serie de herramientas de conocimiento y acción para analizar e incidir en las relaciones de discriminación, opresión, subalternización y exclusión social de diferentes grupos y colectivos. La investigación crítica entra en relación con el mundo desde una posición atenta a las relaciones de poder y sus efectos, y comprometida con la transformación social. En este sentido, “la propuesta de ‘investigación crítica’ supone una actividad corporeizada y semiótico-material que, a

partir del reconocimiento de la propia posición de poder, busca identificar y actuar frente a las formas de dominación y procesos de hegemonización presentes en las sociedades actuales.” (Fractalidades en Investigación Crítica, 2005: 133). La producción académica y profesional es en sí misma una práctica social que, como otras prácticas sociales, se constituye, responde e incide en unas condiciones de posibilidad social, históricamente situadas. Esto es, el horizonte del cambio social deseable está a su vez definido en prácticas situadas en las cuales diferentes agentes contribuyen a definir lo “deseable” y lo “indeseable”, lo “normal” y lo “anormal”, lo “saludable” y lo “enfermo”, lo “que debe cambiar” y lo “que debe mantenerse como está” a través de regímenes de verdad que varían históricamente (Foucault, 1975). Tomás Ibáñez (1993) apunta en esta dirección, cuando afirma que tanto la definición del objeto de indagación, como la del sujeto cognoscente, así como el conocimiento producido y los criterios que validan este conocimiento, son el resultado de prácticas sociales. Esto implica que los objetos de las ciencias sociales no existen a priori, no están en “el mundo” con anterioridad, sino que son resultado de construcciones particulares en las que están involucrados diferentes sujetos (Santana & Cordeiro, 2007). De modo que al desarrollar la práctica social que implica la *investigación*, debemos tener en cuenta las articulaciones que esta acción realiza y el tipo de “mundo habitable” que aspira a construir. En este sentido, la *investigación* crítica constituye un espacio de repolitización en, como mínimo, tres aspectos distintos.

En primer lugar, la reflexión sobre los procesos y efectos de la fijación de significados nos ofrece herramientas de problematización de la realidad tal y como ésta nos es presentada y, en tanto que abre un espacio de posibilidad y cambio, supone una oportunidad de politización de las estructuras que nos son dadas. Esta forma de politización entronca con perspectivas interpretativas y hermenéuticas, que nos permiten identificar los supuestos que sustentan una determinada forma de construir la realidad social. Para ejemplificar esta idea podemos retomar aquí la imagen de un grafiti en una estación de tren que dice: “El problema no es la pobreza ex-

trema sino la riqueza extrema”. Esta frase, siguiendo las estrategias de la Guerrilla de la Comunicación (Grupo Autónomo A.F.R.I.K.A et. al., 2000), pone en cuestión las formas en las que en nuestro “sentido común” se definen y afrontan los problemas sociales. Frente a los discursos hegemónicos que posicionan la pobreza como uno de los problemas más importantes a atacar desde las políticas públicas y las actuaciones de intervención (su erradicación es definida por las Naciones Unidas en el 2015 como el primero de los Objetivos de Desarrollo Sostenible), la frase da la vuelta a esta lógica y pone en cuestión la formulación de las problemáticas sociales sólo en términos de sus consecuencias y no en términos de las relaciones sociales que las hacen posibles. En este sentido, la frase permite intuir qué está del otro lado de la pobreza, qué queda incuestionado, cómo se dan los procesos de acumulación, cómo se reproducen las relaciones de explotación y dominación. Como diría Peter Spink (1999), “quizás el mayor problema que Latinoamérica ha encontrado, no es el de dar voz a quien no la tiene, sino de proveer oídos a quienes no pueden oír”. Estos procesos de problematización y repolitización tienen que estar, a su vez, contextualmente situados en las discusiones presentes en ciertos momentos y lugares. Queda la tarea de intentar no dar por sentado los significados dominantes, estar atentas a los efectos de dichos significados y generar prácticas que puedan abrir cursos de acción inesperados.

En segundo lugar, resulta importante rehacer los conceptos que utilizamos para observar y actuar sobre los fenómenos sociales actuales. Las operaciones de hiperespecialización y sectorialización en la definición de objetos de indagación e intervención, contribuyen a la delimitación de grupos poblacionales definidos como “de interés” o “problemáticos” y, por ende, como destinatarios de las políticas de intervención social. Por otro lado, perspectivas participativas, como las de la psicología comunitaria, han combatido esta lógica desde hace mucho tiempo, a través del concepto de comunidad que busca dar cuenta de la diversidad de situaciones, experiencias y saberes presentes en las agrupaciones humanas (Wiesenfeld, 2014). Sin embargo, en el quehacer de la psicología comunitaria, influido por

el sistema neoliberal hegemónico y por la producción de subjetividades que de éste se deriva, la diversidad puede implicar procesos de fragmentación, generar barreras de los de “adentro” y los de “afuera” y dificultar la generación de espacios de encuentro (Barrault, 2007; Rodríguez, 2012). La precariedad, aun siendo una condición de la vida, es distribuida en órdenes sociales contingentes históricamente (Butler, 2006) ésta se expresa en la actualidad a través de una individualización y privatización del sufrimiento que, a su vez, dificulta su expresión pública y los mecanismos para actuar sobre las condiciones que la producen (Rodríguez, 2013). Quizás sea importante generar una mirada sobre cómo los procesos contemporáneos de fragmentación social y ruptura del lazo social inciden en los contextos concretos de trabajo. Es posible que haya llegado el momento de repensar los conceptos que han guiado nuestras prácticas profesionales y ampliar la mirada, en articulación con agentes sociales heterogéneos, para que los procesos de definición permanezcan abiertos, “con sus densidades accesibles a la acción y a la intervención” (Haraway 1992 /1999, p. 153).

Mientras que los dos puntos anteriores tienen que ver con la mirada con la que abordamos un fenómeno determinado, y teniendo en cuenta el carácter semiótico-material de la realidad, es posible proponer que la reconstrucción semiótica es condición necesaria pero no suficiente para la transformación social. Es necesario generar formas de actuación, articulación e involucración, que desafíen los límites preestablecidos en el campo de la *investigación* social, que puedan contribuir a procesos de transformación existentes sin permitir la apropiación de su potencial político por parte del capitalismo cognitivo (Boutang, Blondeau, Corsani, & Lazzarato, 2004), que actualmente engrasa la maquinaria de producción académica. En este contexto es posible identificar al menos tres líneas de acción que permiten el desarrollo de formas de relación dentro de la *investigación* social que apunten su carácter transformador y crítico.

Una primera línea tendría que ver con conectar la *investigación* crítica con iniciativas, movimientos o acciones ya existentes relacionadas con los temas y los contextos de trabajo. En este sentido, Alicia

Rodríguez (2013) ha llamado “luchas invisibles por la dignidad”, a aquellas luchas que aunque no se erigen como representativas de todo un colectivo o una comunidad, visibilizan y ponen en cuestión algunas relaciones de opresión en sus propios contextos. Esto es, poder actuar deslastrándonos, hasta donde podamos, de las técnicas dominantes en el campo de la investigación y la intervención social y ensayar formas diversas de involucración. Podemos ejemplificar esta tensión en el campo de las perspectivas participativas, cuando quienes intervienen perciben poca participación por parte de las poblaciones con las que se trabaja. Frente a esta situación, pocas veces aparecen las preguntas: ¿qué hacemos mal para que la gente no quiera participar? ¿qué tipo de cultura organizativa estamos promoviendo y cuáles estamos dejando de ver, dejando de apoyar? Siguiendo a Spink (1989), es preciso tomar en cuenta las formas organizativas presentes en los diferentes contextos de trabajo a partir del reconocimiento, desde un punto de vista sociohistórico, de las variaciones del devenir cotidiano. La excesiva atención a las iniciativas formales o representativas de grupos y organizaciones comunitarias, que permiten una más fácil entrada a procesos de intervención, descuidan frecuentemente la forma en que las personas se auto-organizan. Es necesario buscar distintas formas de articulación con el fenómeno con el que nos relacionamos, reconocer la amplia diversidad de definiciones y formas de afrontamiento que conviven en un momento y contexto dado, sin que necesariamente éstas sean representativas en términos categoriales o estructurales (Spink, 1999). En esta misma línea León Cedeño (2012), en el campo de la psicología comunitaria, afirma que la visibilización y fortalecimiento de las iniciativas existentes en los espacios de trabajo es una forma de intervención en sí misma y puede contribuir a su fortalecimiento o ampliación.

Una segunda línea tiene que ver con el cuestionamiento de las dicotomías objeto/sujeto, investigadora/participante, interventora/intervenida. Se trata de oposiciones que reproducen las relaciones de poder a través de las prácticas y discursos dominantes el campo de la investigación e intervención social. Las metáforas de red y de articulación son

útiles para pensar nuestra posición como un nodo en una red más amplia que nos constituye y transforma, al mismo tiempo que contribuimos a su transformación. Se trata de promover articulaciones donde participen posiciones de sujeto distintas, que pongan en cuestión las relaciones asimétricas que se reproducen en los procesos de investigación e intervención y en las que sea posible generar iniciativas de transformación social. Se trata de una apuesta política, porque en la articulación se fraguan los límites de sujetos, opiniones, sentidos, valores y guías de acción; se definen procesos de inclusión y exclusión y se establecen conexiones (voluntarias e involuntarias) imbuidas en redes de poder, autoridad y definiciones previas que las delimitan pero no las agotan. La metáfora de la articulación “promete”, mayor amplitud e indeterminación en las formas y situaciones en las que conexiones inesperadas puedan darse. Al asumir que cada agente, incluyendo equipos académicos y profesionales, tiene un conocimiento parcial, se enfatizará la búsqueda de puntos de acuerdo y de compromiso más que la revelación o la concientización.

Una tercera línea, se relaciona con reconocer el hecho de que la transformación de los problemas sociales no sólo afecta a las personas intervenidas o investigadas. Es imprescindible reconocer cómo nos afectan y cómo nos posicionamos respecto a los fenómenos y condiciones en las que trabajamos. Se trata de una posición, distinta a otras posiciones dentro de la articulación, pero sin ocultar la posición situada desde la que buscamos transformar el entramado de relaciones en el que nos desenvolvemos. Es necesario, por tanto, pensar en la forma en que nos situamos en tanto que sujetos y objetos de nuestra *investigación*. La responsabilidad, dice Spivak (1993), significa proceder desde la conciencia de los límites del propio poder; es decir, contar con los límites del propio conocimiento y de las posibilidades de acción. En tanto que agentes de intervención social nos hallamos en “la barriga del monstruo” (Haraway, 1991), en una de las posiciones articuladoras desde la que se producen y generan significados y prácticas transformadoras social y subjetivamente. Un lugar complejo en tanto que está conformado y delimitado por las condiciones

de posibilidad de los contextos de producción de conocimiento y, a la vez, permite pensar, cuestionar y actuar sobre los límites de estos mismos contextos.

Se trata de promover ejes que permitan consolidar una forma de relación crítica dentro de la práctica de la *investigación* social. Formas que, en lugar de desactivar controversias, contribuyan a abrirlas, para profundizar en ellas, y remover nuestras formas de comprender y actuar frente a la realidad social, con la ayuda de las llamadas “participantes” de nuestras *investigaciones*.

Después de esta breve revisión podemos señalar que la *investigación* crítica se caracteriza por desarrollar una perspectiva transdisciplinar que problematiza los fundamentos del conocimiento establecido, desarrolla metodologías que tienen en consideración las implicaciones éticas y políticas del conocimiento producido y genera programas de intervención reflexivos, tanto en su forma de implantación como respecto a los efectos locales y globales que de ellos se derivan. Las propuestas de éstas y otras perspectivas críticas demuestran que frente a la progresiva consolidación del pensamiento único se hace necesario seguir desarrollando bases teóricas, epistemológicas, metodológicas, éticas y políticas capaces de generar discursos y prácticas que cuestionen las relaciones hegemónicas de poder y que fundamenten una praxis transformadora, a partir de una amplia mirada de perspectivas y ámbitos de trabajo. El objetivo de este número especial es poner en diálogo diferentes contribuciones, tanto de reflexión teórica y epistemológica como de trabajo empírico e interventor, que tengan como eje común esta voluntad de transformación y emancipación social característica de la investigación crítica. Se trata de generar un espacio de debate fructífero que contribuya a fortalecer este ámbito de trabajo frente al actual contexto de avance neoliberal.

## Referencias

- Agamben, G. (2011). ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica (México)*, 26(73), 249-264.
- Ahmed, S. (1996). Moving Spaces: Black Feminism and Post-Colonial Theory. *Theory, Culture & Society*, 13(1), 139-146.
- Anthias, F. (2002). Beyond feminism and multiculturalism:: Locating difference and the politics of location. *Women's Studies International Forum*, 25(3), 275-286. [http://doi.org/10.1016/S0277-5395\(02\)00259-5](http://doi.org/10.1016/S0277-5395(02)00259-5)
- Barrault, O. A. (2007). Los espacios de encuentro en la psicología comunitaria y sus implicaciones en la subjetividad. *Ciencias Humanas*, 12(37), 155-168.
- Biagini, H. E., & Fernández Psychaux, D. A. (2014). Neuroliberalismo: la confrontación como mecanismo de selección social. *Asclepio*, 66(2), p057. <http://doi.org/10.3989/asclepio.2014.21>
- Biagini, H. E., & Fernández Psychaux, D. A. F. (2013). ¿Neoliberalismo o neuroliberalismo? Emergencia de la ética gladiatoria. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 18(62), 13-34.
- Bloor, D. (1976). *Knowledge and Social Imagery* (Second edition, 1991). Chicago: University of Chicago Press.
- Boer, T. de. (1983). *Foundations of a critical psychology*. Pittsburgh, PA: Duquesne University Press.
- Boutang, Y., Blondeau, O., Corsani, A., & Lazzarato, M. (2004). *Capitalismo cognitivo: propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Brah, A. (1996). *Cartographies of Diaspora: Contesting Identities*. London: Routledge.
- Braidotti, R. (1994). *Nomadic Subjects: Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*. New York: Columbia University Press.
- Butler, J. (1990). *Gender Trouble*. New York: Routledge.
- Butler, J. (1993). *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of «sex»*. Psychology Press.
- Butler, J. (2006). *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*. London: Verso.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, S., & Grosfoguel, R. (Eds.). (2007). *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Collins, H. M. (1983). The Sociology of Scientific Knowledge: Studies of Contemporary Science. *Annual Review of Sociology*, 9(1), 265-285. <http://doi.org/10.1146/annurev.so.09.080183.001405>

- Coll-Planas, G., & Missé, M. (2010). *El género desordenado*. Barcelona: Egales.
- Córdoba García, D. (2003). Identidad sexual y performatividad. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 1(4), 87-96. <http://doi.org/10.5565/rev/athenead/v1n4.87>
- Costa, M. D., & James, S. (1975). *The Power of Women and the Subversion of the Community*. Bristol: Falling Wall Press Ltd.
- Cox, N., & Federici, S. (1976). *Counter-planning from the kitchen: wages for housework, a perspective on capital and the left*. New York: New York Wages for Housework Committee.
- Curt, B. C. (1994). *Textuality and tectonics: troubling social and psychological science*. McGraw-Hill Education.
- De Beauvoir, S. (2005). *El segundo sexo*. Barcelona: Càtedra. (Original work published 1868)
- Dua, A. (2006). *Feminist Psychology*. New Delhi: M.D. Publications Pvt. Ltd.
- Ellis-Sloan, K. (2014). Entendiendo la maternidad adolescente a través de la investigación feminista: Una reflexión sobre los desafíos. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 14(4), 129-152. <http://doi.org/10.5565/rev/athenea.1370>
- Ema, J. E. (2006). Del sujeto a la agencia. Un análisis psicosocial de la acción política. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- Fals-Borda, O. (1959). *Acción comunal en una vereda colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional Autónoma de Colombia.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad. vol. I: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1978). La gubernamentalidad. *Tareas. Revista del Centro de Estudios Latinoamericanos*, 106(6), 5-25.
- Foucault, M. (1979). *Vigilar y Castigar: Nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI. (Original work published 1975)
- Fox, D., Prilleltensky, I., & Austin, S. (1997). *Critical Psychology: An Introduction* (Second edition, 2009). London: Sage Publications.
- Fox-Keller, E. (1985). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Alfons el Magananim.
- Fractalitats en Investigació Crítica (FIC). (2005). Investigación Crítica : Desafíos y Posibilidades. *Athenea digital*, 0(8), 129-144.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido* (Segunda edición, 1975). Madrid: Siglo XXI.
- Fukuyama, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. New York: Simon and Schuster.
- Gadamer, H. G. (1975). *Verdad y método I*. Salamanca: Sígueme.
- Garay, A. I., Íñiguez, L., & Martínez, L. M. (2001). Perspectivas críticas en Psicología Social. Herramientas para la construcción de nuevas psicologías sociales. *Boletín de Psicología*, (72), 57-78.
- García Fernández, N., & Montenegro Martínez, M. (2014). Re/pensar las Producciones Narrativas como propuesta metodológica feminista: experiencias de investigación en torno al amor romántico. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 14(4), 63-88. <http://doi.org/10.5565/rev/athenea.1361>
- García Guadarrama, J. L. (2006). El debate Gadamer-Habermas: interpretar o transformar el mundo. *Contribuciones desde Coatepec*, (10), 11-21.
- García-Santesmases Fernández, A. (2014). Dilemas feministas y reflexiones encarnadas: El estudio de la identidad de género en personas con diversidad funcional física. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 14(4), 19-47. <http://doi.org/10.5565/rev/athenea.1353>
- Gergen, K. J. (1999). *An Invitation to Social Construction*. London: SAGE Publications.
- Gokani, R. (2011). Marxian currents in Latin- and North-American Community Psychology. *Annual Review of Critical Psychology*, (9), 110-117.
- Gómez, L., & Jódar, F. (2013). Ética y política en la universidad española: la evaluación de la investigación como tecnología de la subjetividad. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 13(1), 81-98. <http://doi.org/10.5565/rev/athenead/v13n1.1169>
- Grupo Autónomo A.F.R.I.K.A, Blisset, L., & Brünzels, S. (2000). *Manual de guerrilla de la comunicación* (3ª edición, 2006). Barcelona.
- Habermas, J. (2007). *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.

- Hacking, I. (2001). *La Construcción Social de Qué*. Barcelona: Paidós.
- Hall, S. (1996). Who needs «identity»? En S. Hall & P. du Gay (Eds.), *Questions of Cultural Identity* (pp. 1-17). London: Sage Publications.
- Haraway, D. (1991). A Cyborg Manifesto Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century. En *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature* (pp. 149-181). New York: Routledge.
- Haraway, D. (1999). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles (Traducción de Elena Casado). *Política y Sociedad*, (30), 121-163.
- Haraway, D. J. (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of the partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599.
- Haraway, D. J. (1997). *Modest-Witness second-millennium : feminism and technoscience ; FemaleMan-Meets-OncoMouse*. New York: Routledge.
- Harding, S. G. (1987). Introduction: is there a feminist method? En S. G. Harding, *Feminism and Methodology: Social Science Issues* (pp. 1-14). Bloomington, IN: Indiana University Press.
- Harrington, A. (Ed.). (2004). *Modern Social Theory: An Introduction* (2nd Edition edition). Oxford ; New York: OUP Oxford.
- Harvey, D. (2008a, noviembre). *Crisis del modelo financiero, transformación de la democracia y crítica de la política*. Presentado en Universidad Nómada, Ateneu Candela (Terrassa). Recuperado a partir de <http://seminaritaifa.org/2013/02/03/francisco-ferrer-crisis-del-modelo-financiero-terrasa-11102008/>
- Harvey, D. (2008b). The Right to the City. *New Left Review*, (53), 23-40.
- Horkheimer, M. (1937). *Teoría tradicional y teoría crítica* (Trad. José Luís López y López de Lizaga, 2000). Barcelona: Editorial Paidós.
- Ibáñez, T. (1993). La dimensión política de la psicología social. *Revista Latinoamericana de psicología*, 25(1), 19-34.
- Ibáñez, T., & Íñiguez, L. (1997). *Critical Social Psychology*. London: Sage Publications.
- Íñiguez, L. (2008). Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la Psicología Social de la era «post-construccionista». *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, 50(017), 523-534.
- Íñiguez-Rueda, L. (2003). La Psicología Social como Crítica: Continuidad, Estabilidad y Efervescencias Tres Décadas después de la «Crisis». *Revista Interamericana de Psicología/Interamerican Journal of Psychology*, 37(2), 221-238.
- Isin, E. F. (2004). The neurotic citizen. *Citizenship Studies*, 8(3), 217-235. <http://doi.org/10.1080/1362102042000256970>
- Jaggar, A. M., & Bordo, S. (1989). *Gender/body/knowledge: Feminist Reconstructions of Being and Knowing*. Rutgers: Rutgers University Press.
- Laclau, E., Mouffe, Chantal, Torfing, Jacob, Zizek, & Slavoj. (1998). Política y los límites de la modernidad. En *Debates políticos contemporáneos: en los márgenes de la modernidad* (pp. 55-74). Ciudad de México: Plaza y Valdés.
- Latour, B. (1987). *Science in Action: How to Follow Scientists and Engineers Through Society*. Cambridge: Harvard University Press.
- Latour, B., & Woolgar, S. (1979). *Laboratory Life: The Construction of Scientific Facts*. Princeton: Princeton University Press.
- Lauretis, T. D. (1987). *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*. Bloomington/Indianapolis: Indiana University Press.
- Law, J. (1991). *A Sociology of Monsters: Essays on Power, Technology, and Domination*. London: Routledge.
- Law, J., & Hassard, J. (1999). *Actor Network Theory and After*. Oxford: Blackwell Publishers.
- León Cedeño, A. A. (2012). *Psicología Comunitaria de Lo Cotidiano*. Berlín: Editorial Académica Española.
- Llamas, R. (1998). *Teoría torcida: prejuicios y discursos en torno a «la homosexualidad»*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- López-Petit, S. (2009). *La movilización total. Breve tratado para atacar la realidad*. Madrid: Traficantes de sueños.
- López-Petit, S. (2012). ¡Que se vayan todos! Construimos nuestro mundo. *Debate Feminista*, 46(23), 74-75.
- Martín-Baró, I. (1998). *Psicología de la liberación*. Valadolid: Trotta.
- Mbembe, A. (2003). Necropolitics. *Public Culture*, 15(1), 11-40.









